

Una lección ejemplar

Por Francisco AYALA

Dibujo de Víctor ESTRADA

En mis tiempos se sabía educar a los hijos; hoy, ya no. Ahora todo es blandura, lenidad, contemplaciones; y los resultados a la vista están. En aquel entonces... Recuerdo por ejemplo —y es un ejemplo más— el caso de la mentada doña Clotilde, vecina nuestra, cuyo carácter, energía y tacto celebraban todos. Era una señora chiquitita, flaquita, pero ¡de un temple! Viuda a poco de casarse, ella solita —y a costa de cuántos sacrificios, se ponderaba— había sacado adelante a su Luisito, este mismo Luis Zegrí que, por méritos de guerra, acababa de ser ascendido a capitán en Marruecos, y de quien todos hablaban con tanto encomio. Yo, por supuesto, no conseguía recordarlo sino bajo una forma muy nebulosa; y cada vez, que aplastándome las sienes contra los barrotes del balcón, veía pasar por delante algún

regimiento de regreso para el cuartel del Triunfo, mi fantasía se esforzaba por imaginar al capitán Zegrí. Los soldados, fusil al hombro y batiendo gallardamente la alpargata a los compases de la *Marcha Turca* de Mozart, doblaban la esquina ante nuestra casa; y cada oficial me proponía a mí una posible versión del legendario Luisito, que sin embargo tenía que ser falsa, puesto que Luisito estaba en Marruecos. Eran los días en que el Barranco del Lobo y el monte Gurugú continuaban apareciendo en todas las conversaciones. Lo que yo no calculaba (pues “Hasta que la campaña acabe no podrá venir”, me decían siempre) es que muy pronto había de ver en persona al capitán Luis Zegrí. Pero así fue. Y fue así: Nuestra doña Clotilde había recibido un regalo que su hijo le enviaba. Se trataba —decían— de un cajón no muy grande, cuya apertura ordenó la buena señora con la expectación natural. Y al abrirlo, resultó que contenía —pásmense— cinco cabezas de moros, barbudos y feísimos. ¿Por qué cinco, y no siete u ocho? ¡Cualquiera sabe! Quizás —conjeturo yo ahora— para que nadie pudiera atribuirlo a reminiscencias literarias, muy improbables por lo demás; quizás por ser el obsequio despojos de una determinada hazaña, es decir, por fidelidad al hecho histórico; o quizás, tan sólo, por razón del tamaño del envase. Lo cierto es que cuando sacaron de él las cinco cabezas exangües, doña Clotilde torció el gesto y no dijo nada. Esta reacción de disgusto pudo deberse en parte al mal olor que en seguida se difundió por el gabinete, hasta dejar impregnados muebles y cortinajes.

Sea como fuere, su silencio inicial se formalizó de tal modo que, en lugar de agradecer a su hijo el obsequio, de cuya buena intención al menos no cabía duda, o bien reprenderle, incluso con aspereza, si lo había encontrado desagradable o irrespetuoso, desde aquel instante mismo se abstuvo en absoluto de contestar a sus repetidas cartas, hasta que el muchacho, desconcertado, aterrado, solicitó y consiguió que le concedieran una breve licencia con objeto de regresar a la Península y comparecer ante su irritada progenitora.

La entrevista fue memorable. Al recibir el telegrama de Luisito, doña Clotilde había convocado a parientes, amigos y vecinos para que estuvieran presentes a la hora de su llegada. Incluso yo, con mis seis añitos, y otros dos niños, debimos ser testigos —quizás para efectos ejemplarizantes— de la escena que se preparaba. Estábamos reunidos en la sala de visitas; y cuando por fin el timbre de la puerta y los rumores del pasillo anunciaron la llegada del viajero, toda aquella gente se abrió a los lados de la señora para dejarle paso hacia ella. Desde mi sitio, yo no quitaba los ojos de la puerta; y mi curiosidad, mejor: mi ansiedad quedó más que saciada cuando vi aparecer en su marco la figura de un hombretón muy fornido, tostadísimo del sol, en su uniforme de campaña. El héroe se detuvo allí un momento buscando a su madre en la penumbra, e hizo en seguida ademán de ir a precipitarse en sus brazos. Pero entonces doña Clotilde se echó atrás, y alzó una mano —su mano pequeñita, fina, blanca, y azulada de venas— empuñando una fusta que, por lo visto, había tenido escondida a la espalda. Blandiéndola ante la cara del capitán, le gritó con fría cólera: —¡De rodillas!

Extrañas y rápidas mutaciones reflejó la cara de Luis Zegrí: pasó de la preocupación y la sorpresa al humor, un humor casi divertido, y en seguida a un miedo pueril. Sólo vaciló un instante. Se hincó de rodillas ante su madre, y esta señora, en medio de nuestro silencio estupefacto, descargó sobre su cabeza y hombros una nube de furiosos rebencazos.

Al fin, sofocada —¡Pide perdón a tu madre!— le exigió. Y Luisito, arrodillado siempre, tomó la mano que lo había maltratado y puso en ella sus labios, murmurando —¡Perdón! ¡Perdón!— con filial humildad.

Entonces doña Clotilde, antes de que el capitán, se hubiera levantado, le cogió la cabeza entre sus manos delicadamente y le besó la frente y los ojos. Suspiró: —¡Ay! Estos muchachos no tienen idea de lo que es respeto.

